

Conversación con un presidiario

Sin más que extraer de algunas obras de Oscar Wilde ciertas líneas destacadas, un buen amigo de ATENEA ha trazado un elegante cuadro que representa muy adecuadamente el pensamiento del autor. Seguirán otras, dedicadas a otros conocidos escritores.

QUANDO se abrió la puerta de la celda 83, el reo se paró y con un ademán de señor me ofreció el escaño que ocupaba. Era un hombre alto, acercándose a la cincuenta; usaba cabellera larga partida en el medio. El rostro, ya marchito, recién afeitado, estaba invadido por la tristeza de la mirada.

Iniciada la conversación con timidez, luego fué animándose, y ya al último no me atreví a interrumpir al prisionero. Deseaba quitar de su corazón el peso del silencio que lo oprimía.

—Mi enfermedad es del alma, doctor, y lo único que puede usted hacer para aliviarme, es comprenderme.

«Recuerdo que el día que me agradué en la Universidad le dije a un amigo que me gustaba probar los frutos de todos los árboles del jardín del mundo, y con esta pasión en el corazón me adentraba yo en la vida. Y así, según mi expresión, entré yo en la vida y así viví.

«Mi único error consistió en limitarme exclusivamente a los árboles que me parecían estar en la parte soleada del jardín y en evitar la zona de sombra y de lobreguez. El fracaso, la desgracia, la pobreza, el dolor, la desesperación, el sufrimiento y aún las lágrimas... todas estas cosas hacíanme retroceder con

espanto. Y como había decidido no saber nada de ellas, hube de probarlas todas, una tras otra; de alimentarme con ellas, y durante cierto tiempo, de renunciar a toda otra comida.

«No lamento ni un instante el haber vivido para el placer; viví para él intensamente, cual debe hacerse todo lo que se hace. Arrojé la perla de mi alma en una copa de vino. Descendí al son de las flautas la senda florida y me alimenté de miel. Mas el continuar esta vida había sido una equivocación, pues entonces mi vida habría quedado incompleta y era preciso seguir avanzando. También la otra mitad del jardín reservábame sus secretos.

«Las personas que emplean sin discernimiento frases sin sentido, hablan a veces del dolor como de un misterio. En realidad, el dolor es una revelación, pues por él se conoce aquello en que nunca se habría pensado y uno considera la historia desde un punto de vista muy distinto. Y lo que se presume débil e instintivamente en el arte, aparece entonces en el campo del pensamiento y del sentimiento a través de una claridad perfecta de visión y representado con la mayor intensidad.

Ahora comprendo que el dolor, la más noble emoción de que es capaz el hombre, es a un tiempo el modelo más original y la piedra de toque del gran arte. En arte, la verdad consiste en la concordancia que un objeto guarda consigo mismo; en que lo externo se convierte en expresión de lo interno, el alma en carne, y en que el cuerpo se halla animado por el espíritu. Y por eso no hay verdad comparable a la del dolor.

«Hay veces en que el dolor me parece la única verdad. Y lo demás, fantasía de la vista o del deseo, cosas nacidas para cegar a aquélla y saciar a éste.

«En esta mansión del dolor no hay ningún miserable, ninguno de mis compañeros que no encarne el misterio de la vida. Porque el misterio de la vida es el sufrir. Se halla oculto tras todo lo demás. El mundo está hecho de dolor; es la mano del dolor la que lo ha construido, pues de otro modo el alma del hombre, para la cual este mundo fué creado, no podría jamás alcan-

zar el completo desarrollo de su perfección. El placer para el cuerpo hermoso; para la belleza del alma, el dolor.

«Los únicos hombres que yo deseo tener junto a mí son los artistas y aquellos que han sufrido, los que saben lo que es la belleza y los que saben lo que es el dolor. Fuera de ellos, ya nadie me interesa. Nada más le exijo a la vida.»

En este momento se abrió la puerta de la celda y el guardián me avisó que el Director me esperaba.

Estreché la mano del presidiario, prometiéndome volver al día siguiente a continuar la charla interrumpida, y le dije:

—¿A quién he tenido el raro placer de oír?

—Al 83; no pregunte más. Si le diera mi nombre, tal vez su mano se retiraría de la mía.

El 83 era Oscar Wilde.

(Tomado de *La tragedia de mi vida*, de Oscar Wilde).